



# ¿POR QUÉ ELEGIMOS LA VIOLENCIA? UN ACERCAMIENTO A LOS FACTORES QUE MOTIVAN LA VIOLENCIA DIRECTA Y ESTRUCTURAL

Daniela Ruiz Lenis<sup>1</sup>

## Resumen

Desde que somos niños, los seres humanos aprendemos a partir de la interacción aquellos comportamientos sociales que son percibidos como correctos e incorrectos. Al crecer, cada sujeto comienza a construir un razonamiento moral, no sólo guiado por aquellas conductas que le han sido enseñadas, sino también por sus experiencias vitales individuales, creencias, valores y principios particulares.

El razonamiento moral y la empatía, junto con otros factores como el entorno, las condiciones de vida, la situación en la que se encuentre la persona y los beneficios que pueda adquirir o perder, intervienen en la toma de decisiones. El uso de la violencia directa, como robos, asesinatos y agresiones físicas, o la estructural, a través de creencias, ideologías y estrategias elaboradas al interior del sistema a partir del cual se organiza un grupo humano, es una elección que siempre implicará generar un daño a otro y puede iniciar un ciclo de agresiones, en el que cada acción va a llevar a otra con la intención de generar un perjuicio mayor.

Así, el propósito de este escrito es aproximarse hacia la comprensión de aquello que puede llevar a las personas a cometer actos violentos, a partir de los planteamientos de diferentes autores sobre las emociones morales, el origen y desarrollo del razonamiento moral, la función de las creencias y los prejuicios en la percepción de cada sujeto sobre sí mismo, sus actos, el mundo y las personas, y la empatía como capacidad para construir vínculos con los demás, que también puede generar la exclusión de otros. Estos factores van a tener un impacto tanto en nuestras elecciones cotidianas, como en aquellas que pueden afectar el bienestar de un grupo, comunidad o sociedad, produciendo estructuras socioeconómicas y políticas violentas.

**Palabras clave:** conflicto; comportamiento social; desarrollo moral; estructura social; norma social; toma de decisiones; violencia.

---

<sup>1</sup>Correo de contacto: [daniela.ruiz2@udea.edu.co](mailto:daniela.ruiz2@udea.edu.co)

## Abstract

Since childhood, human beings learn through interaction those social behaviors that are perceived as correct and incorrect. As we grow, each person begins to build a moral reasoning not only guided by those behaviors that have been learned, but also by individual life experiences, beliefs and values and principles of that person.

Moral reasoning and empathy, along with other factors such as the environment, living conditions, the characteristics of the situation and the benefits that may be acquired or lost, are involved in decision-making, both in the daily and simple ones and in those that can have consequences for an entire community or society. The use of direct violence such as theft, murder and physical aggression, or structural violence, beliefs, ideologies and strategies developed within the system from which a human group is organized, is a choice that will always involve generating harm to another, that can start a cycle of aggressions and every action will lead to another with the intention of producing a greater harm.

Thus, the purpose of this essay is an approach to the understanding of what can lead people to commit violent acts, based on the premises of different authors on moral emotions, the origin and development of moral reasoning, the role of beliefs and prejudices in the perception of each individual about himself or herself, his or her actions, the world and others, and empathy as a capacity to build bonds between people, which can also generate the exclusion of others. These factors will have an impact on both our daily decisions and those that can affect the well-being of a group, community, or society, producing violent socio-economic and political structures.

**Keywords:** decision making; moral development; social behavior; social conflict; social norms; social structure; violence.

Todos los días somos espectadores de actos de violencia. Los diferentes medios de comunicación muestran asesinatos, violaciones, secuestros, robos, peleas y todo tipo de situaciones que evidencian la crueldad y el nivel de agresión al que nuestra especie puede llegar. Este tipo de comportamientos, se encuentran relacionados con la moral y las decisiones que esta orienta y sustenta, siendo un factor determinante a la hora de que se presente o no una agresión.

De esta forma, se construirá una revisión crítica que permita una aproximación a la comprensión sobre el por qué optamos por la violencia, no sólo en situaciones cotidianas en las que se emplea la violencia directa (agresiones físicas y verbales), sino también a gran escala, una forma cultural y simbólica de violencia, que se mueve en las dinámicas de poder de la estructura social.

Se abordarán temas como el razonamiento moral y la forma en la que se origina y desarrolla, las emociones morales, las creencias, los prejuicios y la empatía, pues son elementos que van a determinar los actos que llevará a cabo un sujeto como respuesta frente a un acontecimiento, configuran su concepto de justicia, lo que considera correcto e incorrecto, y su percepción de los demás, definiendo a quiénes considera como iguales y puede unirse para trabajar en pro de

un mismo objetivo, y con quiénes no, siendo estos últimos posibles blancos de conductas agresivas y violentas si llegaran a representar una amenaza para él, su grupo o sus metas.

Para comenzar, se deben tratar los planteamientos que grandes intelectuales como Piaget (1932), Kohlberg (1968 & 1969) y Turiel (1983 & 1987) han elaborado acerca de la moral, su origen, funcionamiento, la forma en la que afecta los juicios y elecciones, la influencia de factores sociales en su modelamiento y sus implicaciones tanto individuales como colectivas.

El razonamiento es el proceso moral que lleva a un sujeto a hacer elecciones con respecto a situaciones que involucran a otros, que pueden generar daño y valoraciones sociales negativas. Está en su mayor parte motivada por la moral y la empatía, pero también puede verse influida por factores como la cultura y aspectos individuales como la historia personal y las emociones que se experimentan en momentos determinados, siendo estas reacciones automáticas, ligadas a las necesidades básicas, la supervivencia y el pasado evolutivo de la especie que predisponen al organismo para que ejecute conductas de aproximación o evitación, dependiendo del estímulo percibido (Ostrosky-Solís & Vélez, 2008).

Las emociones son la base biológica

que le ha permitido a la especie orientar sus conductas y responder a las demandas del medio de forma adaptativa, garantizando así su supervivencia y la satisfacción de sus necesidades. Por esta razón, en los últimos años se ha hecho énfasis en el estudio de estos procesos automáticos, pues son relevantes en la conducta moral, asignándoles el nombre de emociones morales (Ostrosky-Solís & Vélez, 2008).

Continuando con los planteamientos de estos autores, las emociones morales se diferencian de las emociones básicas (alegría, tristeza, enojo, miedo, desagrado, sorpresa) en que estas sólo se originan en la interacción social, especialmente, cuando se presentan actos injustos, los cuales son percibidos de esa forma porque las emociones morales hacen posible una rápida valoración de las situaciones, por lo que es automática y no se encuentra atravesada por la consciencia (Ostrosky-Solís & Vélez, 2008).

Ejemplos de emociones prosociales son la culpa, la gratitud y la compasión, y otras emociones como el desprecio, la indignación y la xenofobia, pueden motivar una reorganización o disolución social, dado que movilizan a las personas hacia el rechazo de aquello que consideran injusto o inaudito, transformando las dinámicas y relaciones entre los sujetos (Ostrosky-Solís & Vélez, 2008).

Otra característica en la que difieren con las básicas es que estas pueden ser evocadas a partir de acontecimientos que no son inmediatos, es decir, que no está experimentando el sujeto en ese momento: mirar las noticias o leer el periódico puede detonarlas. Promueven la cohesión grupal y son el resultado de la historia evolutiva de la especie, que ha forjado procesos neuroconductuales que hacen una captación selectiva de estímulos de orden social y adecuan el comportamiento al contexto en el que se encuentre el organismo (Ostrosky-Solís & Vélez, 2008).

De esta forma, favorecen la asimilación de reglas y normas, y la atribución de estados de ánimo, emociones, sentimientos y pensamientos hacia otras personas, que fueron aptitudes esenciales para nuestros antepasados, al hacer posible la convivencia, el trabajo en grupo y el establecimiento de un orden social, lo que llevó a nuestra supervivencia ante las condiciones ambientales (Ostrosky-Solís & Vélez, 2008).

La interacción social hizo posible la formación de las emociones morales, que son, a su vez, los cimientos de un proceso cognitivo más complejo como el razonamiento moral, cuyo desarrollo en los sujetos ha sido estudiado por grandes mentes científicas.

Piaget (1932) es uno de los autores que se ha interesado por la forma en la que se da la adquisición de este tipo de razonamiento y planteó que éste no es innato en el ser humano ni se aprende en la infancia directamente del comportamiento y las indicaciones de los adultos, sino que es "auto construido" por el sujeto desde que es un niño, en la interacción y el juego con sus pares y al alcanzar los cinco o seis años, el hecho de que deba tener discusiones y solucionar situaciones problemáticas, lo llevará a aprender y comprender conceptos como el de justicia.

Este proceso, que se encuentra marcado por las experiencias sobre el compartir, la equidad y la toma de turnos que tiene el niño, y que lo lleva a convertirse en una persona moral, se denomina racionalismo psicológico dado que el sujeto emplea sus capacidades racionales para resolver problemas y ejecutar conductas (Haidt, 2012).

Igualmente, Kohlberg (1968; 1969), se interesó por el origen de la moral y su desarrollo en las etapas tempranas de la vida, por lo que propuso seis etapas por las que pasan los seres humanos al crecer, en las que van adquiriendo paulatinamente herramientas para construir razonamientos sobre el mundo social. *La primera y la segunda son las preconconvencionales*, en las que el infante comienza a

formular juicios sobre el mundo basado en las características y cualidades superficiales que percibe, considerando positivo aquello que es de su agrado o satisface una necesidad, mientras que lo negativo es todo aquello que genere desagrado o malestar.

Posteriormente, en la *tercera y cuarta*, denominadas *convencionales*, se dan en la época escolar correspondiente a la primaria, el niño se preocupa por respetar la autoridad, acatar, emplear y manipular las reglas y convenciones sociales, y aprende a regular su comportamiento de acuerdo con lo que dictan los adultos. Estas etapas abarcan hasta la pubertad, donde el sujeto ya ha adquirido una capacidad de pensamiento más abstracto, construyen juicios más elaborados sobre la autoridad, el significado de la justicia y las razones que soportan las leyes y normas (Haidt, 2012).

Finalmente, *la quinta y sexta etapa*, llamadas *posconvencionales*, se dan en la adolescencia; el joven valora la honestidad y la autoridad, pero también cuenta con la habilidad para justificar sus acciones cuando estas van en contra de la norma, pues debe romperla para alcanzar un bien mayor, por ejemplo, la justicia. En este momento, el sujeto ha ganado experticia para el razonamiento moral. Kohlberg observó que los

niños con un desarrollo moral mayor eran capaces de ocupar diversos roles en la interacción social, comprender la perspectiva del otro y eran más empáticos; este aprendizaje, se lograba gracias a las relaciones con sus pares, pues se puede dar un intercambio de roles (Haidt, 2012).

Por otro lado, Turiel (1983 & 1987) hace aportes que dan continuidad a lo expuesto por Piaget y Kohlberg, pues propone que los niños no comprenden ni emplean de la misma forma todas las reglas, como lo consideraban anteriormente estos autores, sino que tienen claro que aquellas normas que previenen que otros les hagan daño, son especiales, inalterables y universales. A partir de ellas construyen su razonamiento moral, pues su base será la consideración de que el daño está mal; las reglas más específicas, dependerán de la cultura y las dinámicas determinadas de su contexto social.

Tomando lo anterior, puede decirse que este autor presenta una perspectiva que integra un proceso universal, por el cual pasan todas las personas para adquirir las normas morales y comprender su uso, con las convenciones sociales particulares de la cultura y el contexto del sujeto, que son pautas de comportamiento aplicadas especialmente en dicha comunidad y que se encargan de moderar las relaciones y los deberes

y derechos (Haidt, 2012).

Los aspectos filogenéticos, aquellos relacionados con las cualidades y el proceso evolutivo de la especie, y los ontogenéticos, aquellos propios del desarrollo de un individuo, junto con las cualidades específicas de cada cultura y contexto, son factores que van a determinar el razonamiento moral y la toma de decisiones que se desprende de este. Adicional a estos, la empatía es una capacidad que permite una aproximación a la forma en la que el otro percibe el mundo, lo que puede tener gran influencia en las elecciones que hace el sujeto, debido a que le es posible prever las consecuencias de sus actos sobre los demás, lo sentimientos, emociones, beneficios y perjuicios que puede causar en ellos con su decisión (Bloom, 2016).

La empatía, al ser una capacidad, puede entrenarse y mejorarse. También, motiva conductas voluntarias que son clasificadas como útiles si sus consecuencias mejoran el bienestar y reducen el sufrimiento de los demás, lo que es conocido como consecuencialismo.

Desde una visión alternativa, en la que se destacan autores como Jesse Prinz (2011), las personas pueden construir juicios morales, sin la presencia de la empatía, pues esta requiere que, en la problemática que

se esté evaluando, haya una víctima con la cual pueda haber una identificación y en situaciones como la evasión de impuestos o arrojar desechos a la calle, no hay una víctima, pero los sujetos pueden emitir juicios acerca de estas (Bloom, 2016).

En el razonamiento moral no sólo son importantes las consecuencias del actuar, porque este también se encuentra influido por ideologías, principios, valores, las mismas circunstancias de la situación, la intuición, los deseos o metas individuales y las experiencias vitales del sujeto, que llevan a la elección de conductas pertinentes y sin tener que recurrir a la empatía (Bloom, 2016).

Asimismo, Bloom (2016) muestra que esta capacidad es limitada, pues tiende a enfocarse en individuos y no en grupos y, por ende, su impacto, teniendo en cuenta la población mundial, no es tan significativo, pues dirige los recursos y la ayuda, hacia quienes cumplen con características superficiales, que atraen o sensibilizan al sujeto, o a aquellos que generan emociones y sentimientos positivos en el individuo.

Todo lo expuesto anteriormente sobre las emociones morales, las etapas del desarrollo del razonamiento moral y la empatía son factores que, no sólo motivan a las personas a ejecutar conductas de ayuda, sino

que también intervienen a la hora de optar por la emisión de una conducta violenta o agresiva. Dichas conductas serán aquellas que puedan generar un daño físico, psicológico, emocional o moral a otros, que no se realicen con el consentimiento de quien recibirá los efectos de este comportamiento, que transgredan las normas, reglas y convenciones establecidas en una sociedad, y que no sean realizadas dentro del marco de un ritual, ceremonia, celebración y, en general, un evento significativo culturalmente para todos los involucrados.

A pesar de que las emociones morales permiten la supervivencia de la especie, el trabajo en grupo, la cooperación, la convivencia, la ejecución de conductas adaptativas como respuesta a las demandas del medio y motivan las acciones de ayuda a otros, estas también pueden producir la desintegración social y conductas antisociales (como la agresión, transgresión de normas y principios, etc.), llevando a acciones de discriminación e indiferencia (Ostrosky-Solís y Vélez, 2008).

De la misma forma, a lo largo de las etapas en las que se desarrolla el razonamiento moral pueden tenerse experiencias que, en lugar de producir aprendizajes pro sociales, sirvan como antecedentes que justifiquen el lastimar, engañar y agredir a otros, o que instauren pautas comportamen-

tales que tengan como propósito, por ejemplo, manipular las normas para obtener un beneficio propio, sin considerar las posibles repercusiones para los demás y emplear estrategias para convertir a los sujetos en un medio para conseguir un fin.

La empatía, además de motivar y enfocar los esfuerzos para llevar a cabo acciones que permitan ayudar a otro, también puede encontrarse sesgada por los prejuicios, ideas, creencias y valores individuales, provocando que omitamos información y hechos relevantes, lo que nos lleva a empatizar y generar juicios favorables sólo hacia aquellos que son similares a nosotros o que tengan una apariencia que consideramos más atractiva, inocente, vulnerable o "menos peligrosa". Igualmente, estos sesgos hacen que ignoremos datos, análisis, hechos e información que podría dirigir de una forma más objetiva el proceso de toma de decisiones (Bloom, 2016) y son reemplazados por nuestras creencias, prejuicios e ideologías particulares, llevándonos a auxiliar sólo a aquellos que se consideren dignos, pasando por alto las necesidades de los que no encajan en esta categoría, que podrían ser más vulnerables y que podrían beneficiarse más de nuestra colaboración.

Estos factores llevan, además, a la cosificación y deshumanización de las personas, pues los prejuicios, las

ideas, las emociones y los sentimientos que promueven, hacen que veamos a ese individuo o grupo como diferentes a nosotros, con características desagradables y reprochables, haciéndolos menos que humanos y, por ende, no merecedores de nuestra ayuda ni compasión, ni de compartir nuestro espacio ni bienes, sólo pueden ser destinatarios de odio y agresiones, porque representan aquello que es contrario a lo que creemos bueno, correcto, valioso y humano.

La violencia es la respuesta ante ese otro descrito anteriormente, pues es la estrategia que se emplea para castigar a aquellos que no respetan las convenciones, normas, reglas, principios y valores de una comunidad o sociedad, y para la defensa frente todo aquello que pretenda atentar contra lo conocido, lo estructurado, lo que nos da seguridad, lo puro y lo bueno, lo que apreciamos y consideramos de nuestra propiedad o dominio.

De esta forma, dentro de las mismas sociedades y comunidades pueden presentarse actos violentos, en un nivel que involucra la estructura bajo la cual se encuentra ordenada dicha sociedad, que dicta las normas y leyes encargadas de regular el comportamiento y declaran las consecuencias de su violación. Generalmente, en esta estructura se identifi-

can dos grupos, aquel que es dominante y tiene el poder para tomar decisiones sobre toda la población, y otro, que se acoge a las decisiones.

Los seres humanos se organizan en grupos debido a que las emociones morales brindan la posibilidad de generar vínculos y trabajar con otros, lo que también se emplea como estrategia para aumentar las probabilidades de obtener aquello que se necesita o se desea, o de superar una situación adversa, construyendo lazos leales y empáticos con los demás que permitan la cooperación y la orientación de los esfuerzos hacia un objetivo común, y la coordinación de acciones para protegerse a sí mismos y a sus bienes, de aquellos individuos o grupos que puedan representar una amenaza (Haidt, 2012).

La lealtad y la reciprocidad son elementos fundamentales en las relaciones para que se dé una verdadera cohesión grupal porque la primera permite que el individuo se sienta parte del grupo, que acate las normas, se haga cargo de sus tareas, asista a sus compañeros cuando lo requieran, defienda los valores de la comunidad y trabaje por el objetivo común. Igualmente, la reciprocidad o "saber devolver el favor", implica apoyar y auxiliar a quién ha brindado su ayuda en una ocasión anterior, sólo así se conserva el sentido de

justicia y retribución que indica el razonamiento moral (Haidt, 2012).

Por otro lado, Tomasello et al (2005; 2012), hacen aportes frente a la habilidad para cooperar proponiendo que los seres humanos han desarrollado una *intencionalidad compartida*, lo que significa que pueden compartir representaciones mentales de aquello que desean obtener para que todos puedan conocer y comprender el objetivo hacia el cual orientan las acciones.

Esta intencionalidad compartida, además, da lugar a una mentalidad grupal gracias a la cual todos los miembros pueden compartir emociones, configurar sus normas, dividirse el trabajo y formar una identidad como grupo. Cuando el grupo dominante se ha establecido, construye una ideología a partir de su intencionalidad compartida, necesidades, planes, medios y los beneficios que posee, y de esta nace la cultura con el fin de mantener el orden y el funcionamiento de toda una comunidad o sociedad.

Así, la cultura puede actuar también de forma violenta, al ser empleada como una herramienta para justificar y legitimar agresiones que, generalmente, buscan mantener una estructura de poder. El uso de la violencia por parte de la cultura sirve de base para la violencia estructural, pues a

partir de mecanismos como el utilitarismo moral, es decir, hacer ver algo incorrecto o injusto como correcto, logran que las personas acepten una acción que tendrá una repercusión negativa en sus vidas (Galtung, 1990).

Para comprender la forma en la que actúa la cultura a favor de la violencia estructural, debe primero entenderse a qué se refiere dicho término. Según Galtung (1990), la violencia estructural se presenta en la forma en la que se organiza una sociedad, son aquellas medidas, estrategias y acciones que generan inequidad, alienación, represión y pobreza dentro de una comunidad, afectando más a las personas que se ubican en un nivel socioeconómico inferior, pues este tipo de violencia busca que el poder y el dominio sobre los recursos lo conserven las clases dirigentes y acaudaladas.

Estos grupos en los que se concentra el poder para determinar el funcionamiento de la sociedad comparten representaciones mentales sobre los objetivos que deben alcanzar, sobre el éxito, el poder, el dinero, la felicidad, el bienestar, los medios que pueden emplear para obtener lo que desean y las personas con las que pueden unirse para lograrlos.

Dichas representaciones se encuentran configuradas por las experien-

cias vitales, que hacen posible la construcción de los juicios sobre el mundo, la justicia, la autoridad, el uso y manipulación de las reglas, y lo que se considera aceptable e inaceptable, dando como resultado su razonamiento moral.

Las ideologías y creencias también influyen en estas representaciones mentales debido a que integran el marco de referencia sobre la forma en la que se establecen las relaciones con otros y las percepciones sobre los demás, lo que divide a las personas en: aquellos a los que se considera iguales y a los que no. Con los primeros, se siente empatía y se producen conductas cooperativas, mientras que, a los segundos, se les excluye, rechaza y pueden ser vistos como potenciales amenazas.

Por otro lado, los principios de este grupo dominante se basan en la conservación de sus beneficios y el logro de objetivos, generando estrategias para defender su posición y ganar cada vez más privilegios lo que, en ocasiones, puede significar comprometer el bienestar de los grupos más vulnerables o emprender acciones contra aquellos que puedan poner en peligro sus intereses.

Estas acciones son justificadas a través de la cultura, pues muestra dichas estrategias como las únicas opciones viables y seguras, dándoles

una fachada o apariencia menos cruel y hostil, argumentando la supuesta obligatoriedad de haber realizado dichas acciones, mencionando las consecuencias atroces de no implementar dichas medidas o culpando a un tercero por la necesidad de imponerlas, con esto brinda a las personas una sensación de seguridad y evita que los sectores menos favorecidos de la sociedad se rebelen contra los más favorecidos, protegiendo sus intereses y su posición.

Adicionalmente, para asegurar su posición de dominio sobre otros, utilizan la explotación, es decir, presionar a las personas con exigencias sociales y económicas que las llevan a producir en grandes cantidades, pero recibiendo una remuneración que, en ocasiones, ni siquiera es suficiente para cubrir sus necesidades básicas.

La presión por aumentar la productividad y la producción en el menor tiempo posible, a cambio de un salario insuficiente, es una forma en la que se precariza la vida de las personas en los eslabones más bajos de la cadena de la organización socioeconómica, impidiendo su progreso y asegurando la existencia de otras generaciones que vivan en las mismas condiciones, para conservar el sistema productivo y que los grupos que siempre han acaparado el poder y los recursos puedan conti-

nuar haciéndolo.

Los sociólogos Franceses Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron (1964), configuraron el término "violencia sistémica", para referirse a dichas estrategias culturales y simbólicas implementadas por los grupos de mayor poder en una sociedad para dar legitimidad a sus acciones, mantener el orden social y ejercer control sobre la percepción que tienen los demás grupos poblacionales sobre ellos, evitando revueltas y conflictos que puedan poner en riesgo su estatus de dominancia.

Así, las personas que tienen objetivos en común pueden agruparse y trabajar juntas para lograrlos, llegando a agredir a aquellos que puedan comprometer o representar un obstáculo para su misión. Esto puede evidenciarse, por ejemplo, en comunidades que habitan un mismo territorio y deben competir por el acceso a los recursos. También puede verse en las grandes sociedades contemporáneas, donde el grupo poblacional más favorecido busca permanecer en esta posición a través de estrategias que pueden atentar contra los derechos de los demás grupos e impedir la satisfacción de sus necesidades básicas, situándolos en una posición de vulnerabilidad y alienación, sin la necesidad de emplear la "violencia directa", es decir, las agresiones físicas, observables y evidentes como

el asesinato, sino a través de ideologías, creencias y el control de aquello que presentan públicamente.

La violencia de cualquier tipo inicia un ciclo en el que cada acción lleva a otra para generar más daño, proteger los recursos, alcanzar una meta o como protesta frente a un sistema que vulnera los derechos y empobrece cada vez más la calidad de vida de aquellos que se encuentran en los sectores con menor poder.

En conclusión, la elección de la violencia puede ser motivada por las emociones morales, las experiencias de aprendizaje de las normas y convenciones sociales, la empatía y las creencias e ideologías, a las cuales el sujeto otorga una mayor o menor importancia. Estos factores se integran y generan un proceso de razonamiento moral, el cual lleva a la acción violenta o a la agresión, que será la respuesta ante una situación y también un medio para conseguir lo que desea o conservar lo que posee.

Igualmente, se escoge la violencia, cuando se da más peso a la percepción negativa que se tiene sobre quien sufrirá sus consecuencias, pues es considerado diferente e inferior, va en contra de todos los valores, principios y creencias que defendemos y son la base de nuestra concepción del mundo, y por esto, sólo puede ser atacado, minimizado y

hasta erradicado porque ya con su mera existencia nos ha agredido y ofendido.

Al mismo tiempo, la violencia puede presentarse de diferentes formas, no sólo de un individuo a otro, también existen estructuras sociales violentas, alimentadas por la necesidad de conservar el poder y sostenida por la cultura, que hace posible mostrar como aceptables las acciones que afectan a los sectores sociales más vulnerables, pero que son esenciales para que el grupo dominante triunfe en la consecución de sus objetivos, se mantenga en esta posición, que el orden instaurado no se vea afectado y que su imagen se mantenga dentro de un marco de legitimidad.

La violencia es un fenómeno cuya existencia se mueve más allá de los robos, hurtos, secuestros y homicidios que presentan los medios, estas son las formas más superficiales en las que se muestra. Los símbolos, las creencias y las ideologías, también pueden servir como armas para la promoción de la agresión a otros, enmascaran las acciones esenciales para que el poder y los recursos continúen fluyendo hacia los sectores dominantes, manteniendo inmóviles en la pobreza, la precariedad y la alienación a las personas que se encuentran en niveles sociales menos privilegiados.

## Discusión:

Este tipo de estudios sobre lo que lleva al ser humano a optar por la violencia y su expresión a pequeña y gran escala son un importante campo de conocimiento, pues hacen posible un acercamiento a la comprensión de la conducta humana, tanto desde una perspectiva individual, mostrando las razones o motivos subjetivos para ejecutar una agresión hacia otros, como desde una social o colectiva, exponiendo la forma en la cual personas con objetivos, creencias, ideologías y motivaciones similares se unen para alcanzar sus propósitos y llegan a emplear la violencia para conservar sus beneficios, manipular las leyes y reglas, generando consecuencias negativas para grupos poblacionales más vulnerables, y como defensa ante quienes puedan poner en peligro sus planes. La violencia no siempre toma la forma de una agresión física, también puede ser a través de la cultura y la política, con leyes, normas y convenciones sociales que excluyan, dañen o afecten de alguna forma a otros.

Lo anterior, con el fin de mostrar la violencia como un fenómeno que no sólo abarca aquello que se encuentra a simple vista, los robos, las violaciones y masacres, los asesinatos, el terrorismo, entre otros; también está en nuestras formas de pensar, las creencias arraigadas en nuestras

comunidades y en la estructura política y económica de las sociedades, que fragmenta a la población, dividiendo a las personas en categorías, una que está compuesta por aquellos privilegiados y poderosos, que acaparan la mayoría de los recursos, mientras en la otra, se encuentran las personas subordinadas, cuya existencia se basa en cumplir con las exigencias de producción y productividad, con la esperanza de obtener lo necesario para su subsistencia y la de sus familias.

Estudios cualitativos y cuantitativos sobre las formas en las que se presenta la violencia en diferentes contextos y en los diferentes niveles políticos y socioeconómicos, integrando a su vez, las diferentes perspectivas de los sujetos y grupos involucrados, pueden proveer conocimiento sobre el origen, las motivaciones y las consecuencias de este fenómeno, haciendo posible un análisis y una deconstrucción de estas creencias y concepciones que fomentan y perpetúan ideologías orientadas hacia la discriminación, la intolerancia y la agresión hacia otros.

## Referencias

- Bourdieu, P. y Passeron, J. (2009). *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Bloom, P. (2016). *Against Empathy: The Case for Rational Compassion*. Nueva York, Estados Unidos: HarperCollins Publishers Inc.
- Galtung, J. (1990). La violencia: cultural, estructural y directa. *Journal of Peace Research*, 27(3), 291-305.
- Haidt, J. (2012). *The Righteous Mind: Why Good People are Divided by Politics and Religion*. Nueva York, Estados Unidos: Pantheon Books.
- Kohlberg, L. (1968). The Child as a Moral Philosopher. *Psychology Today*, 2, 25-30.
- Kohlberg, L. (1969). *Stage and Sequence: The Cognitive Developmental Approach to Socialization. Handbook of Socialization Theory and Research* (347-480). Chicago, Illinois, Estados Unidos: Rand McNally.
- Ostrosky, F. y Vélez, A. (2008). Neurobiología de la Sensibilidad Moral. *Revista Neuropsicología, Neuropsiquiatría y Neurociencias*, 8(1), 115-126.
- Piaget, J. (1932). *The Moral Judgement of the Child*. Nueva York, Estados Unidos: Trans. M. Gabain, Free Press.
- Prinz, J. (2011). Is Empathy Necessary for Morality? En: Coplan, A, y Goldie, P. (Eds.). *Empathy: Philosophical and Psychological Perspectives*. Nueva York, Estados Unidos: Oxford University Press.
- Tomasello, M., Carpenter, M., Call, J., Behne, T. y Moll, H. (2005). Understanding and Sharing Intentions: The Origins of Cultural Cognition. *Behavioral and Brain Sciences*, 28(5), 675-691.
- Tomasello, M., Melis, A., Tennie, C., Wyman, E., Herrman, C. y Schneider, A. (2012). Two Key Steps in the Evolution of Human Cooperation: The Mutualism Hypothesis. *Current Anthropology*, 53, 653-692.

- Turiel, E. (1983). *The Development of Social Knowledge: Morality and Convention*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Turiel, E., Killen, M. y Helwig, C. (1987). *Morality: Its Structure, Function and Vagaries. The Emerge of Morality in Young Children*. Chicago, Illinois, Estados Unidos: University of Chicago Press.
- Tomasello, M.; Carpenter, M.; Call, J.; Behne, T.; Moll, H. (2005). Understanding and Sharing Intentions: The Origins of Cultural Cognition. *Behavioral and Brain Sciences*, 28, 675-91.
- Tomasello, M.; Melis, A.; Tennie, C.; Wyman, E.; Herrman, C.; Schneider, A. (2012). Two Key Steps in the Evolution of Human Cooperation: The Mutualism Hypothesis. *Current Anthropology*, 53, 653-692.
- Turiel, E. (1983). *The Development of Social Knowledge: Morality and Convention*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Turiel, E.; Killen, M.; Helwig, C. (1987). *Morality: Its Structure, Function and Vagaries. The Emerge of Morality in Young Children*. Chicago, United States of America: University of Chicago Press.